

**DICIEMBRE:
COMUNICATIVOS.**

Cuarta semana: “Consumir no da la felicidad”.

“Dios mira las manos limpias, no las llenas”. Publio Siro. Poeta romano. s I

Breve Explicación para el profesor: acostumbrados a hablar del peligro del consumo en estas fechas de Navidad ya próximas, los alumnos y alumnas acaban teniendo la sensación de que es tan lamentable como inevitable. No lo niegan, pero no acaban de ver la posible vivencia de la Navidad sin esta vorágine de materialismo. Por eso, no queremos incidir ahora en estas ideas, sino en la que es fundamental: la Navidad, para los cristianos, debería ser una fiesta con pleno sentido religioso. Ofrecemos un relato que nos habla de la relación entre la vida y la fe. A mayor cercanía de Dios, mejor trato con el hombre. Adorar o creer en Jesús es creer en el ser humano y, por ello, implicarse en sus preocupaciones y vivencias.

EL CUARTO REY MAGO

Basándose en datos concluyentes, se ha venido sosteniendo tradicionalmente que los Reyes o Magos fueron tres. Hoy, a la luz de nuevas investigaciones, podemos afirmar que en realidad fueron cuatro, aunque solo tres de ellos llegaron a tiempo a adorar al Niño en la cuna. La historia de la peregrinación (¿tardía?) de este cuarto Rey, cuyo nombre se desconoce, es el objeto de este relato.

En tiempo del rey Herodes, convocados en sueños por el ángel, se reunieron en cierto lugar de Oriente, cuatro reyes, poderosos, acompañados de sus numerosos séquitos. Cuando coincidieron los cuatro, lució la estrella que el ángel les había anunciado que les llevaría a conocer al Rey de los Judíos, y cuando aquella comenzó a moverse en el firmamento, la inmensa caravana se puso en marcha en la dirección que el astro señalaba.

Al tercer día, los caminantes vieron una dolorosa escena. En el país al que habían llegado, varios años de sequía habían hecho que sus habitantes, empezaran a morir de hambre. Melchor, Gaspar, y Baltasar, aunque profundamente impresionados por la tragedia, creyeron su deber de continuar su camino. Pero el cuarto rey, descabalgando, se arrodilló junto al cuerpo esquelético de un hombre que yacía sin fuerzas a la orilla del camino, y cogiéndolo entre sus brazos, le dio de beber un poco de leche de camella que le ayudaría a recuperar sus escasas fuerzas. Pero esto no bastaba ante la inmensidad de la tragedia y el rey ordenó a sus criados que alimentaran con las provisiones de la caravana a todos los hambrientos. No quedándose contento, despachó a sus mensajeros a su lejano reino, con orden de que vinieran los ingenieros, que construyeran sistemas de riego, y labradores, que enseñaran a los habitantes de aquel país los secretos de la agricultura y la ganadería, para evitar futuras catástrofes semejantes.

Remediado el desastre, al cuarto rey reanudó la marcha, preocupado por el retraso. Hacía ya mucho tiempo que sus tres compañeros habían adorado a Jesús en Belén y habían regresado a sus reinados. La estrella, que les había guiado a los cuatro, cuando se separaron, se dividió en dos: una siguió señalando la ruta de los tres reyes y la otra que se puso en movimiento cuando el cuarto rey reanudó la marcha.

Otras dos circunstancias dramáticas interrumpieron largo tiempo el peregrinar del cuarto rey: un pueblo asolado por la peste, y otro destruido por la guerra. En las dos ocasiones, sin dudarlo, el rey socorría a los que sufrían y permanecía junto a ellos hasta que, con su poder y sabiduría, les ayudaba a prevenir en el futuro tales males. Y, conseguido esto, reanudaba su viaje, siguiendo la estrella, que se paraba cuando él detenía, y se ponía en marcha en el cielo, cuando el reemprendía su caminar.

Transcurridos muchos años, la caravana del cuarto rey, guiada por la estrella, llegó a la ciudad de Jerusalén, que se encontraba por aquellos días alborotada por la crucifixión de alguien que había afirmado ser el Rey de los Judíos. Dejando atrás la ciudad, el rey divisó en lo alto de una colina tres cruces de las que pendían tres hombres ajusticiados. Y la estrella se detuvo sobre el crucificado del centro. El rey, echó pie en tierra, y profundamente conmovido y lleno de lágrimas, miró al crucificado y dirigiéndose a él le pidió perdón por haber tardado tanto en llegar a adorarle. Entonces, una voz dulcísima, que provenía del hombre que agonizaba en la cruz, le dijo: *“No sufras por tu retraso en conocerme; tu ya me conociste antes de que hubiera nacido. Porque ese hombre que agonizaba al borde del camino hambriento, al que tu salvaste de la muerte, era yo mismo. Y también todos los hombres, mujeres, niños, y ancianos que salvaste de la peste, de la guerra, del frío y de la soledad. Por eso te bendigo a ti, mi discípulo amado y te bendice mi padre celestial”.*

El rey, al oír estas palabras, transformó sus lágrimas de tristeza en lágrimas de profunda alegría al comprender que sin saberlo, había estado adorando, sirviendo, acompañando, y amando al Hijo de Dios.

Temas para el diálogo.

¿Qué intenta enseñar esta historia?

¿Qué sentido debe tener, para un cristiano, la Navidad? Relacionad esta historia con la frase inicial: **“Dios mira las manos limpias, no las llenas”.**

